

La morfología del silencio en *Ensayo sobre la ceguera* de José Saramago.

Jorge Manuel González Hernández¹

¹ Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.

Michoacán, México.

E-mail: dracone33@gmail.com

Resumen: Este artículo presenta una reflexión sobre la categoría del silencio en la obra *Ensayo sobre la ceguera*, de José Saramago. Parte de la aceptación de que la sociedad contemporánea está dominada por el sonido y, sobre todo, por el ruido. Depositaria de la tradición filosófica griega, la sociedad contemporánea discrimina al silencio de forma ontológica y lingüística porque su *aparición* despierta sospechas en tanto *no dice nada*. Esta ausencia de sentido que se le otorga al silencio marca una dualidad interpretativa coloquial que necesita de una revisión profunda respecto de la relación que guarda con la palabra. Aquí se revisa esa relación desde la hermenéutica analógica de Mauricio Beuchot con la intención de explicar la dimensión ontológica y la dimensión lingüística del silencio a partir de los ejemplos tomados de la obra de Saramago. El silencio se entiende como un valor que se encarna en lo real y en lo verbal de maneras polisémicas y polimorfos. El resultado del análisis funda una base de clasificación de los modos del silencio que permite identificar su intencionalidad y sus distintas formas de ser a través del lenguaje.

Palabras clave: silencio, ontología, lingüística, hermenéutica analógica, analogía, univocidad, equívocidad.

Abstract: This article presents a reflection on the category of silence in the work *Essay on blindness*, by José Saramago. The ideas put forward in this paper forms part of the acceptance that contemporary society is dominated by sound and, above all, by noise. Depositary of the Greek philosophical tradition, contemporary society discriminates silence ontologically and linguistically because its appearance arouses suspicion while it says nothing. This absence of meaning given to silence marks a colloquial interpretative duality that needs a profound revision regarding the

relationship it holds with the word. Here we review this relationship from the analogical hermeneutics of Mauricio Beuchot with the intention of explaining the ontological dimension and the linguistic dimension of silence from the examples taken from the work of Saramago. Silence is understood as a value that is embodied in the real and the verbal in polysemous and polymorphous ways. The result of the analysis finds a basis of classification of the modes of silence that allows us to identify their intentionality and their different ways of being through language.

Keywords: silence, ontology, linguistic, analogical hermeneutic, analogy, univocity, equivocal.

Inicio

El binomio palabra-silencio se entiende como un fenómeno complejo que oscila entre la paradoja y la contradicción. Se considera que existe una tensión irreconciliable entre ambos términos pues la presencia de uno cancela la existencia del otro: si hay silencio, no hay palabra y viceversa. Esta visión habitual es errónea porque a poco de ver en profundidad esa relación se puede advertir que el silencio no es el contrario de la palabra sino su condición de posibilidad ya que ambas ideas son parte de una antinomia: el silencio es la tesis; la palabra, su antítesis. La relación antinómica planteada no se sintetiza de manera unívoca sino polisémica porque el silencio presenta dimensiones ontológicas y lingüísticas irreducibles entre sí. Sobre la base de ambas dimensiones el silencio actúa no sólo como condición de posibilidad del lenguaje, sino también como principio de expresividad. El objetivo principal de este trabajo es establecer la conexión entre ontología y lenguaje por medio del análisis del silencio como categoría polisémica. Para ello debimos realizar un par de excursos sobre la dimensión ontológica del silencio y la dimensión lingüística del mismo cuyos resultados nos ayudaron a dirigir la aplicación de la hermenéutica analógica de Mauricio Beuchot en el análisis de fragmentos selectos de la obra *Ensayo sobre la ceguera* de José Saramago. Esos fragmentos fueron seleccionados cuidadosamente porque persiguen dos objetivos secundarios: mostrar las dimensiones ontológica y lingüística del silencio, determinar los usos masculinos y femeninos del silencio para distinguir la relación entre ontología y lenguaje desde el análisis polisémico otorgado por las categorías de univocidad/equivocidad y analogía en Beuchot. La línea argumental de nuestro trabajo se expone en la revisión de los aspectos metodológicos.¹

¹ Cada fragmento seleccionado de la novela supone un ejercicio de aplicación hermenéutico autónomo pues no es nuestra intención, por el momento, unificar las interpretaciones sino simplemente deseamos mostrar la capacidad analítica de la hermenéutica analógica. Por ello, cada ejercicio mostrará un rótulo que identifique el resultado obtenido a partir de los análisis. Así, tendremos títulos como “El silencio como tragedia”, “El silencio como necesidad”, etc.

I.- Aspectos metodológicos

1.- *Explicación de la orientación hermenéutica y justificación.*

La plasticidad interpretativa de la hermenéutica analógica de Mauricio Beuchot facilita la interpretación polisémica del silencio. Al mismo tiempo, esta teoría posibilita la revisión del lenguaje como codificador y descodificador de los discursos en los que el silencio es utilizado. Es decir, en sus sentidos ontológicos y lingüísticos, como lo uno y lo otro sin preferencia uniforme por cualquiera de dichos sentidos. Como toda hermenéutica, la teoría de Beuchot centra su interés principal en la interpretación de los textos, pero con una diferencia respecto de las hermenéuticas tradicionales: la intención de equilibrar los sentidos de los textos de manera escalonada, es decir, gradual. (Beuchot, 2006: 21) Beuchot establece que una hermenéutica analógica no está peleada con interpretaciones unívocas mientras no se asuman como las únicas posibles, pero tampoco es permisivo con las intenciones de equivocidad porque podrían derivar en relativismos aún más dañinos que una asunción dogmática desde lo unívoco. (Beuchot, 2006: 28) El filósofo mexicano plantea su hermenéutica en los siguientes términos: expresa la necesidad del equilibrio entre los sentidos unívocos y equívocos. Este equilibrio se lograría a partir de las diferencias entre los términos, pero, al mismo tiempo, entre sus semejanzas. Es el reino de la proporcionalidad que habrían descubierto los pitagóricos y que Beuchot presenta a través de Aristóteles (Beuchot, 2006: 15 – 16) El Estagirita, en palabras de Beuchot, habría conseguido vitalizar el lenguaje por medio de sus funciones predicativas que constituyen diversos tipos de relaciones, es decir, de significados. Beuchot explica que esa forma de significar es, precisamente, la que persigue la hermenéutica analógica. Una capacidad de dotar de sentidos al mundo (*pros hen*) de diversas formas (*to on legetai polajos*) (Beuchot, 2008: 13). En otras palabras, existe un sentido en sí de las cosas, pero siempre en relación con algo (o alguien) que potencia sus sentidos contextualmente por medio de la anexión o de la elisión. Este método se vale, además, del entendimiento de la analogía como expresión de lo metonímico (lo literal, lo unívoco) y de lo metafórico (lo figurativo, lo equívoco) cuya inclinación práctica deberá dirigirse, siempre con prudencia, hacia lo equívoco pues es ahí donde se encuentra la riqueza interpretativa.

2.- Categorías de análisis

Se seleccionaron las categorías de análisis siguientes: analogía y el binomio univocidad-equivocidad. A continuación, su explicación: La analogía es un término que privilegia, en la filosofía de Beuchot, la diferencia sobre la semejanza pues esta última puede reducirse a una simple comparación formal que tienda hacia la univocidad. Así, no se trata de encontrar lo semejante en

la comparación, sino lo diferente. Es exigencia de la analogía filosófica que el hermeneuta distinga mayormente la diferencia que la coincidencia de los términos de un texto pues en tal distinción se encuentra el mejor camino hacia la comprensión sutil de los significados (Beuchot, 2006: 30). Por otro lado, la analogía, para Beuchot, se entiende como un modo de significación intermedio. Es decir, mediador entre lo unívoco y lo equívoco. Finalmente, la analogía es, sin más, proporcionalidad. Es decir, un ejercicio de sospecha semántica que permite descubrir, reconfigurar o crear sentidos distintos en un mismo texto, siempre con la evitación de los extremos mutuamente aniquilantes (Beuchot, 2006: 37). Definiré, ahora, los conceptos de lo unívoco y lo equívoco. La definición se hará de forma intercalada porque son términos complementarios que, así, expresan la propiedad de la hermenéutica analógica respecto de su voluntad por equilibrar los sentidos. Se entenderá lo unívoco como aquel significado literal que se expresa metonímicamente y que no admite polisemia. Se entenderá lo equívoco como aquel significado figurado que se expresa metafóricamente y que permite la jerarquización de sentidos. Lo unívoco fungirá como rector de los sentidos metafóricos del silencio; lo equívoco, por su cuenta, procurará la retención del excedente significativo que pueda producirse en la interpretación (Beuchot, 2006: 15). Esta tensión semántica entre lo unívoco y lo equívoco será equilibrada por la actividad dialógica e interpretativa que habrá entre mis preconcepciones del silencio – auxiliado en las fuentes teóricas complementarias a la teoría de Beuchot – y las maneras en que el silencio se presenta en el texto de Saramago. En el fondo, tanto la analogía como el binomio univocidad – equivocidad, son ideas correlacionales pues asumo que el fundamento ontológico del lenguaje es el discurso. Es decir, sin lenguaje no hay realidad. Lo que equivale a decir que sin expresividad del silencio no hay ontología del silencio.

Dimensión ontológica del silencio

Las sociedades se encargan de manipular al silencio porque intuyen que existe una potencialidad en él que es incluso mayor a la que otorga la palabra. Es decir, existe un uso instrumental del silencio. Apreciamos el instrumentalismo del silencio en algunos fenómenos del control social como los medios de comunicación, los gobiernos y las escuelas. En los tres ámbitos marcados existe una conciencia común: el destinatario debe escuchar con atención – lo que equivale a admitir al silencio como una imposición – para “entender” los mensajes producidos por los destinadores en la esfera política. (Callejos, 2003: 174) El uso instrumental del silencio influye en los espacios públicos señalados de las siguientes maneras: en la esfera de la comunicación mediática, las personas reciben pasivamente la palabra del destinador, pero ellos, como destinatarios, no la ejercen de manera completa;² por cuanto respecta al gobierno, éste actúa por medio de las

² Podrá pensarse que la aparición de las *social networks* proveería a los destinatarios de un poder tal que haría padecer a los productores del discurso dominante, pero no necesariamente el acceso a un sistema dinámico de intercambio de ideas consigue la unión ni las fuerzas necesarias para desestabilizar a un sistema de poder. Una de sus limitantes estaría en el feedback que cualquier modelo de comunicación contemporáneo supone para un ejercicio justo del diálogo.

instituciones para lograr el “acallamiento” de las “minorías” que pondrían en entredicho al *status quo*; finalmente, en el ámbito educativo, el silencio se emplea, mayormente, como estrategia de sometimiento en las aulas cuando se intenta obtener la atención de los estudiantes y se recubre la presencia del silenciamiento con tintes de condicionamiento para el aprendizaje. (Callejos, 2003: 176) Quizá este último uso esté más cercano a lo que se pretende mostrar en este ensayo, a saber: que el silencio es el espacio en donde surge el lenguaje que posee significado real. Con todo, parece que la práctica educativa del silencio es más una herramienta de poder que una entidad productora de sentidos que faciliten el aprendizaje.

Dimensión lingüística del silencio

El silencio, como idea, surgió con los griegos en su palabra *σιγή* (*sigí*), la cual refería una refinada idea de un vacío potencialmente receptivo cuya expresión morfológica era un sustantivo femenino; para los latinos, más prácticos y menos refinados que los griegos, su representación morfológica se da en la palabra *silentium*, sustantivo de la 2ª declinación que aglomera las palabras masculinas y, éste es el caso de la palabra *silentium*, neutras. El paso hacia una normalización de la idea como género masculino era inevitable por la fuerza geo-política que el latín tuvo en los ámbitos académicos y jerárquicos (*il silenzio, le silence, o silêncio*, el silencio). Es evidente que la transición de un estatuto semántico femenino a uno masculino requiere una revisión más profunda, cuya sola ejecución significaría un artículo científico en sí mismo, pero rogamus la comprensión ante la evidencia morfológica que es constatable en cualquier diccionario griego – español o latín – español y que nos permite plantear el análisis de nuestra categoría al interior del texto de Saramago. Así, se nota, por un lado, la manera como el silencio es una idea de doble interpretación ontológica dentro del ámbito coloquial: o es rechazado porque despierta sospechas o es admitido como estrategia de manipulación política; por el otro, su ejercicio lingüístico nos permite comprender la división de su uso: inició como una idea privativa de lo femenino y ahora presenta un uso predominantemente masculino. Para el propósito de este trabajo, la dimensión ontológica del silencio se relacionará con lo masculino; la lingüística, con lo femenino. He de aclarar que esta división no pretende identificar unívocamente una dimensión específica con un género determinado, es simplemente una división funcional que podrá invertir su uso – masculino/lingüístico, femenino/ontológico – en los ejemplos y momentos que sean necesarios gracias al auxilio de la teoría hermenéutica de Mauricio Beuchot. La pretensión del trabajo es demostrar cómo la hermenéutica analógica nos permite descubrir y comprender, desde una perspectiva dialógico - morfológica, que el silencio posee una dimensión ontológica y una dimensión lingüística en la novela *Ensayo sobre la ceguera*. Derivada de esta demostración, sentaremos las bases para iniciar la clasificación de los *modos del silencio* que nos permitirán identificar su intencionalidad ontológica y su expresividad lingüística en textos diversos dentro de futuras investigaciones.

Desarrollo

I.- Aplicación de la teoría

I.1 Preliminares teóricos

Para iniciar la aplicación de la hipótesis, debo apuntar algunas ideas previamente. Entiendo al silencio como un valor que se encarna en lo real – ser ontológico – y en lo verbal – ser lingüístico-. Esta encarnación es una expresión que representa el aspecto cognitivo que el ser humano posee para aprehender un fenómeno material como el silencio. Ahora bien, ¿de qué manera *se encarna* el silencio en lo real y en lo verbal y qué significa *encarnarse*? Respondemos con Max Scheler: “[...]existen contenidos intencionales que, aunque no son susceptibles de referencia a un acto significativo, no son por ello menos evidentes, es decir, no dejan de ser objeto de una intuición esencial.” (Ferrater Mora, 1999: 3180) Es decir, hay ciertos contenidos fenoménicos que no pueden ser valorados *en sí mismos* sino *en relación con* algo porque su forma de aparecer ante la conciencia es simplemente esencial y no semántica. Husserl (1962) lo aclara de la siguiente manera: “El cogito en general es la intencionalidad explícita.

El concepto de vivencia intencional en general presupone ya la oposición de potencialidad y actualidad, y la presupone en su significación universal, en cuanto que sólo al pasar al cogito explícito y al reflexionar sobre la vivencia no explícita y sus contenidos noético-noemáticos podemos reconocer que entraña intencionalidades o nóemas que le son propios.” (p. 273) En suma: los productos de nuestras vivencias intencionales implican la actualización cogitativa de nuestros contenidos intencionales – reflexionamos en algo sobre el silencio, en el caso de nuestro trabajo – al tiempo que se descubren propiedades intencionales propias – el silencio, potencialmente, es palabra – de significación universal. Así, el silencio se nos presenta como condicionante de la existencia de un ser con el que está relacionado de manera antinómica, pero no lo apreciamos como valioso en sí mismo, aunque su condición existencial se caracterice por su talante a priori y esencial, porque sólo lo entendemos en su dimensión de ente actualizado: pensamos que el silencio sólo tiene sentido por su relación con la palabra en el modo de la paradoja (si uno está, el otro no), pero no lo consideramos en sí mismo – en su dimensión noemática propia – como una vivencia intencional, como un valor. Con todo, el silencio, según consideramos, posee esta particular característica de ser un fenómeno antinómico a priori que se relaciona ordenadamente con la palabra por medio de la verbalización del mundo, representado por intenciones intelectuales que dotan de sentido a nuestro entorno y, por medio de la ontologización del mundo, se verificarían las intenciones emocionales que nos permiten mediar los sentidos verbales de nuestro entorno.

El silencio, pues, es una vivencia no explícita que determina las intenciones emocionales del sujeto del discurso; de esa forma, podemos entender que el silencio nos propone una significación binaria en su base, pero polisémica en sus aplicaciones. Es binaria porque descubrimos su sentido ontológico en la forma de la vivencia no explícita que comporta intenciones emocionales y es lingüístico, porque soporta la creación de sentidos en nuestra relación con el mundo; es polisémico porque, precisamente, a partir de su potencialidad ontológica funciona como base de los discursos a partir de vivencias explícitas, mediadas por la cogitación del sujeto, el cual impone sentidos diversos al silencio desde el conocimiento, pero, sobre todo, del desconocimiento de la potencialidad ontológica del silencio como vivencia intencional no explícita. Para ejemplificarlo con palabras de Max Scheler:

Son, pues, los estados sentimentales radicalmente distintos del sentir (o percibir sentimental): aquellos pertenecen a los contenidos y fenómenos, y éste a las funciones de la aprehensión de contenidos y fenómenos. [...] El sentir tiene exactamente la misma relación con su correlato de valor que la que existe entre la ‘representación’ y el ‘objeto’, es decir, una relación intencional. (Scheler, 2007: 262-263, citado por Sánchez Magallón)

En nuestro caso, el silencio como vivencia no explícita equivaldría a la caracterización de los estados sentimentales; como vivencia explícita, a los estados del sentir. Sentimiento y sensación se distinguen por su uso metonímico y metafórico. Mientras que el uso metonímico de la idea “estado sentimental”, para este trabajo, es entendido como la etapa ontológica de nuestro análisis, su uso metafórico nos posibilita la identificación del silencio como un contenido intencional que, reiteramos, tolera la posibilidad de los discursos; por su parte, el uso metonímico del sentir nos permite retener y jerarquizar los contenidos de los discursos expuestos en los ejercicios hermenéuticos de nuestro estudio; su uso metafórico nos pone en condición de ordenar las interpretaciones derivadas del análisis metonímico. Debemos aclarar que estos usos no serán marcados taxativamente en cada ejercicio, sino estarán supuestos en la elaboración de los análisis que presentamos.

II.- Aplicación de la teoría

II.I Ejercicio

1.El silencio como tragedia

La aceptación del silencio como un valor ontológico se da por su definición “[...] premoderna[...]atenta al devenir y a lo dinámico del ser mismo.” (Beuchot, 2008: 75) que incluye en sí misma la posibilidad de otear entre los significados unívocos – tan caros a las ontologías

modernas – y los significados equívocos – defendidos a ultranza por las ontologías postmodernas -. Este espacio de atención dinámico sobre la ontologización del silencio proporciona la movilidad de los significados ontológicos y lingüísticos del silencio. Así, cuando leemos que el oftalmólogo de la novela de Saramago (2009) estudia el caso del ciego y se da cuenta de la encrucijada en que se halla, sabemos que existe un riesgo cercano a él que se caracterizará con una referencia a lo silencioso pues el personaje nota que: “[...]la casa estaba ahora silenciosa, sobre la mesa se veían los libros dispersos [...] de pronto sintió miedo, como si también él fuera a quedarse ciego... Contuvo la respiración y esperó[...]después supo que estaba ciego.” (p. 30) En este caso se revela la dimensión ontológica del silencio porque su aparición es una indicación subjetiva de la tragedia en que se sumirá la vida del oftalmólogo a partir de ese momento. Él sintió miedo por el quietismo de su hogar, por advertir que esa visión de los libros sobre la mesa se perdería en un instante cercano. Pero la sensación de angustia relacionada con el silencio de la casa es subjetiva en tanto el oftalmólogo *está* en la situación, pero no *dice* nada de ella; es el lector quien, al anticipar el desenlace del pasaje, podrá decir *también el doctor se quedará ciego* porque habría sido advertido por el silencio que circundaba al personaje. Ese silencio de olvido y abandono generador de escenarios de impotencia: el lector sabe que el médico se quedará ciego, pero no puede decirle nada y, al mismo tiempo, el lector podría plantearse la situación vivida por el personaje para que, de esa forma, participara de una manera indirecta de la vivencia ontológica.

Es la posibilidad del diálogo entre la ontología y la hermenéutica representada por el personaje y el lector – intérprete, respectivamente, que confirman la conexión entre “[...]los mundos menores o microcosmos [...]a través del macrocosmos, del mundo mayor. Ese mundo mayor es el del ser, el horizonte metafísico *que* crea comunidad...” (Beuchot, 2008: 81, cursivas mías). Dualidad ontolingüística que nos indica la riqueza interpretativa del silencio. Para abonar un poco más a este fragmento y a la aparición del aspecto lingüístico del silencio, Michele Federico Sciacca afirma: “La parola traduce il silenzio e il silenzio accoglie tutte le parole. A questo punto, anche quando si parla non si rompe il silenzio, si approfondisce...” (Baldini, 1988: 85)³ Es la palabra, antítesis del silencio, la que produce los excedentes de significado. Este exceso puede ser tan abundante o tan limitado como se pretenda.

El análisis que hemos realizado ejemplifica una interpretación de excedencia limitada porque con un forzamiento lírico podrían darse interpretaciones tan amplias como se quisieran: que toda casa – toda edificación – silenciosa produce miedo, por ejemplo. Sabemos que una casa abandonada con una historia de asesinatos múltiples en ella tal vez produciría esa sensación, pero difícilmente creeríamos que una cartuja conseguiría aterrorizarnos. La interpretación analógica, pues, permite preservar el sentido ontológico del silencio (es un espacio donde se desarrollan hechos lingüísticos)

³ “La palabra traduce el silencio y el silencio recoge todas las palabras. En ese sentido, aun cuando se habla no se rompe el silencio, se penetra aún más en él...” (Traducción propia)

y permite comentar un ejemplo de su sentido lingüístico (hay una configuración verbal por parte del lector – intérprete que no excede el contenido interpretativo del pasaje citado).

II.II Ejercicio

2.- *El silencio como necesidad*

El silencio, en la novela de Saramago, adquiere un cariz de necesidad cuando familiariza a los personajes con sus contextos habituales. La resemantización de los espacios de actuación de los personajes engeguados supone la intencionalidad del silencio como experiencia no explícita, es decir, ontológica. Lo explico con ayuda de un fragmento y su posterior análisis:

Por experiencia, el ciego sabía que la escalera sólo estaría iluminada cuando se oyera el mecanismo del contador automático, por eso iba apretando el disparador cada vez que se hacía el silencio. Para él la luz, esta luz, se había convertido en ruido. (Saramago, 2009: 18)

Ante la novedad de su obcecada condición, el ciego requiere de un punto de apoyo para orientarse y, específicamente en este apartado de la novela, para cubrir su ceguera ante la posibilidad de encontrarse con un vecino que pudiera *descubrirla*. El encubrimiento de la enfermedad habría sido una petición de su esposa al no sentirse cómoda por la publicación de la nefanda situación acontecida. Dos sentidos necesarios del silencio se encuentran aquí: el de la orientación y el del encubrimiento.

El silencio funge como escenario de salvación en nuestros entornos familiares; el silencio, a su vez, participa del desvelamiento de las verdades por medio de la necesidad de la mentira/ocultamiento. En el fragmento asistimos a una revaloración de los sentidos por medio del silencio y a una revaloración de la palabra por medio de la mentira entendida como acallamiento. El silencio es necesario para el ciego porque se vuelve referencia de seguridad por la contextualización que establece en conjunción con el ruido. Si su intención de acallar su ceguera quería dar resultado, tendría que poner atención a los signos del ruido y establecer su condición referencial: si hay ruido, entonces hay luz; si hay silencio, entonces hay oscuridad. Esta doble idea permite al ciego mantener la tranquilidad durante la espera porque sabe que el ruido del contador automático significa la luminosidad y, por tanto, genera un cuadro familiar a cualquiera que pase por dicho rumbo: *se ve* a una persona esperando en la escalera. Por el contrario, de no haber tenido la experiencia – magnificada ahora por el ruido del contador automático – del silencio y su correlato de oscuridad mientras gozaba de su vista, muy probablemente habría fracasado en su intento por ocultar su ceguera pues no sabría que debía apretar el disparador cuando hubiera silencio y, de esa forma,

habría provocado espantos – quizá – en los potenciales vecinos que al pasar por las escaleras apretaran el disparador y se sorprendieran al ver al ciego – quien no sabría que estaba a oscuras – parado tranquilamente mientras esperaba que su esposa llegara con el coche. Se abre ante nosotros la afirmación de Mauricio Beuchot (2008) respecto de qué sea la referencia de algo:

El sentido, que es lo que captamos con la mente al conocer una expresión, conduce a la referencia, que es la realidad representada. Dado su carácter de mediador, es inevitable que el sentido nos conduzca a la pregunta por la referencia; y eso nos conduce ya a la pregunta ontológica. (Beuchot, 2008: 83)

El sentido del fragmento seleccionado nos presenta la pregunta por la referencia del silencio. En el caso del ciego, el silencio es referencia de la seguridad otorgada por la orientación que facilita el ruido del contador automático; al mismo tiempo, es signo de la verdad a través del ocultamiento. En este punto específico de la novela notamos que la intención de ocultamiento, por medio del silencio, carece de sentido real porque la ceguera se vuelve un mal compartido – nada hay que ocultar cuando se padece de lo mismo, a menos que se posea un grado esquizoide de vergüenza por la publicación de la propia salud – por los personajes de la novela, excepto por la esposa del oftalmólogo en quien sí descubrimos una vivencia no explícita mucho más real del silencio.

Cerramos este ejercicio de análisis con una última reflexión sobre la necesidad del silencio en la identificación de su referencia. Encontramos las siguientes palabras de Jean – Claude Piguet en la obra de Baldini (1988): “[...]potenza esistenziale, il silenzio deve divenire ancora un mezzo essenziale del discorso. Potenza pura nel soggetto che tace, il silenzio non deve divenire oggetto, ma oggettivarsi in parole. (p. 46)⁴ Es decir, el silencio es considerado como condición necesaria para dotar de sentido al mundo en la medida en que no interrumpa el discurso sino que *lo deje ser*. Piguet nos solicita, de hecho, lo contrario: debemos hacer uso del silencio como vivencia no explícita para poder objetivarlo en nuestras palabras. No es un simple pensar antes de hablar, en el sentido de detenerse, mirar internamente y reflexionar (asumiendo que todo el proceso se realice en silencio), sino un callar rotundo que identifique al silencio ontológicamente para, posteriormente, categorizarlo lingüísticamente según sean los casos.

II.III .- Ejercicio 3.

El silencio como discurso masculino e intencionalidad femenina.

⁴ “...como potencia existencial, el silencio todavía debe convertirse en un medio esencial del discurso. Potencialidad pura del sujeto que calla, el silencio no debe convertirse en objeto, sino objetivarse en las palabras” (Traducción propia).

Eje central de nuestro trabajo es la distinción del silencio en el uso masculino y en el uso femenino del término. Evidentemente, son los usuarios de este o aquel género los que determinan el uso del silencio y no a la inversa: no significamos que el silencio sea masculino porque es el hombre quien verbaliza mayormente la realidad ni, mucho menos, que el silencio sea femenino sólo porque la mujer es quien vive la intencionalidad implícita del silencio. Ambos son usuarios masculinos-femeninos del silencio porque esa es, precisamente, la esencia del silencio: ser femenino y masculino al mismo tiempo. De ese modo, el análisis que se lee a continuación no supone distingo de género alguno porque hablamos desde la esencia del silencio y no desde sus usuarios. Que coincidan las palabras que tenemos de lo masculino y lo femenino con sus precomprensiones designadas, es sólo un impasse lingüístico superficial que no encalla nuestras reflexiones.

No se trata de enjuiciar a hombres ni a mujeres, sino de reflexionar en torno a la naturaleza del silencio. Hecha la aclaración, iniciamos el análisis. Cuando los ciegos se han dividido en bandos – los buenos y los malvados – surgen estrategias de supervivencia que implican, entre otras, las maneras en como los buenos deberán recoger la comida sin ser descubiertos por los malvados y, así, evitar un enfrentamiento con consecuencias funestas. Es en uno de estos episodios donde encontramos un fragmento que nos permite interpretar la naturaleza ontológico-femenina del silencio y su contraparte discursivo-masculina. Contextualicemos: la muchacha de gafas recrimina al viejo de la venda el sesgo sobreprotector de su discurso cuando le pregunta con sorpresa si ella también sería parte de la empresa por recoger los alimentos sin ser descubiertos por los malvados. Luego de intercambiar ideas sobre la pertinencia de dividirse por edades o sexo, la muchacha de gafas expresa las siguientes palabras: “Las mujeres resucitan unas en otras, las honradas resucitan en las putas, las putas resucitan en las honradas...” (Saramago, 2009: 208). Desde la perspectiva de la chica de gafas, las mujeres poseen unidad en sus diferencias porque pueden intercambiar papeles sin detrimento de su constitutivo femenino: se es mujer antes que “mujer honrada” o que “mujer puta”. Las adjetivaciones, según la chica de gafas, surgirían del llenar el silencio con palabras que sectorizan antes que con palabras que dignifiquen y liberen. En verdad parecería chocante que, incluso en una situación como la que viven los ciegos “buenos”, las decisiones de supervivencia pretendieran mantener un estatuto ontológico masculino cuando, paradójicamente, es esa misma naturaleza discursiva del silencio la que habría suscitado la división entre “buenos” y “malos” al interior de la novela, que en este momento se empieza a recuperar por la presencia e inteligencia de la chica de gafas. Ella entiende que las palabras enmascaran lo real y que los actos descubren la verdad del ser humano. A diferencia de las palabras empleadas desde la perspectiva masculina del silencio, *la palabra* de la chica precede un discurso que es “[...]essistenzialmente cooriginario allo stato affettivo ed alla comprensione. La comprensibilità [...] é sempre già articolata. Il discorso é l’ “articolazione” della comprensibilità.” (Heidegger, 1953: 174 en Baldini, 1988: 89)⁵ La chica de las gafas *expresa* la palabra de su vivencia no explícita porque descubre la

⁵ “...existencialmente co-originario al estado afectivo y a la comprensión. La comprensión es articulada. El discurso es la articulación de la comprensión.” (Traducción propia).

constitución óptico-lingüística del ser humano a partir del silencio en su forma del acallamiento de los discursos repletos de palabras, mas no de *la palabra*. No se entienda la conceptualización de “la palabra” como una entidad metafísica sin referente real; al contrario, es porque existe el silencio que surge la palabra, pero su existencia puede ser acorde a la comprensión afectiva – todos somos iguales y por eso no importa la edad ni el sexo si lo que requerimos es sobrevivir, pensaría la chica de gafas – o la comprensión articulada – sí, no importa el sexo ni la edad, pero aun así no dejó de sorprenderme en que una mujer vaya en una misión suicida para obtener el alimento, pensaría el viejo de la venda -.

Es sintomático que, en nuestros tiempos, se acepte la presencia del silencio en situaciones límite con cargas de afectividad sobreabundantes: pensemos en las procesiones del silencio durante la Semana Mayor o en la parálisis monumental de una afición ante la ejecución del penal decisivo en la final de la copa. En ambos casos, el silencio funciona como entidad afectiva que unifica sin requerimiento de la palabra. Los participantes de la procesión *se hacen uno* tal como los aficionados *se vuelven* una sola voz acallada por su némesis verbal.

La exposición previa nos permite analizar con mayor finura el fragmento que hemos seleccionado para reforzar – lo hemos ya mostrado – que el silencio posee un correlato femenino desde su ontología y uno masculino desde el lenguaje. Justo después de exponer sus ideas sobre la inoperancia de las divisiones, un narrador omnisciente nos arroja a la siguiente afirmación: “Después hubo un largo silencio, por parte de las mujeres todo estaba dicho, los hombres tendrían que buscar las palabras, y de antemano sabían que no iban a ser capaces de encontrarlas.” (Saramago, 2009: 208). ¿Existe aquí una crítica a esa racionalidad masculina que demarca el mundo por medio del lenguaje? La oposición silencio-mujer/palabra-hombre se nota claramente en el pasaje, pero, ¿es en realidad una distinción unívoca? ¿Son las mujeres quienes *habitan* el silencio y, por ello, conocen de primera mano el sentido de la palabra? ¿Son los hombres quienes *definen* al silencio y, con ello, se alejan del sentido de la palabra? La cita podría darnos un sí para cada una de las preguntas: sí es una distinción unívoca, sí son las mujeres las que detentan el poder de la palabra, sí son los hombres quienes viven enceguecidos por el lenguaje.

Esta sería una lectura obtenida en un primer acercamiento al texto y podemos tomarla como nuestra interpretación base: sí, el hombre suele construir mundos con la palabra; sí, la mujer conoce al mundo por la palabra. Construir y conocer distan mucho de ser sinónimos, como es evidente. El que construye debe cimentar; el que conoce, debe aprehender y comprender. El constructor busca la mejor organización para que sus cimientos permanezcan sólidos y se olvida, generalmente, de las sensaciones; el conocedor sólo se entrega al influjo de lo intencional de los fenómenos que experimenta y a partir de ellos describe la realidad *tal como acontece*. El papel del constructor no concluye en la comunicación de sus ideas sino en su imposición porque supone la solidez de su razonamiento como garante de verdad; el conocedor entiende que la verdad no es construida sino

encontrada y vivida, y esa experiencia es solo comunicable por medio de la vivencia del fenómeno que la originó, en este caso, la vivencia del silencio que habrían sufrido los hombres al saber que no encontrarían las palabras adecuadas para responder a la expresión óptica de la palabra como antítesis del silencio. Así, se hace cierta la impresión de David le Breton acerca de que la palabra es anterior a la comunicación y al lenguaje. (Le Breton, 2011:108) Esa comunicación que odia al silencio es la del constructor de verdades; la comunicación que respeta al silencio es la del conocedor, aquel que *se encuentra* con la verdad de una situación dada. Cuando en el fragmento se afirma que los hombres no serán capaces de encontrar las palabras para responder, se resarce el sentido del silencio para nosotros quienes, en palabra de Philippe Breton (2011): "...estamos inmersos en la comodidad de nuestro ser." (p. 108)

Cierre.

Con la teoría de Beuchot, que nos muestra la necesidad de la hermenéutica analógica, conseguimos aproximarnos a una primera distinción de las dimensiones ontológicas y lingüísticas del silencio en la obra de Saramago de acuerdo con nuestros intereses. Distinguimos, ya desde la introducción, la perspectiva política del silencio que, aunque no formaba parte principal de nuestro análisis, podemos decir que *nos salió al bote* en nuestras reflexiones e indagaciones acerca de lo que sobre el silencio se ha dicho y que podemos sólo mencionar, en este momento, con el ejemplo de la novela sobre la imposición de reglas dentro del manicomio.

También identificamos la perspectiva social del silencio como una necesidad para evidenciar los hábitos a que nos sometemos en la vida cotidiana: la casa propia como resguardo del ruido exterior; los sonidos de nuestros aparatos eléctricos como condiciones de normalidad y tranquilidad que se ven trastocadas por la violencia del silencio.

Finalmente, en lo tocante a los usuarios, distinguimos brevemente los sentidos femeninos y masculinos del silencio por medio de sus correlatos ontológicos y lingüísticos respectivamente. Los resultados anteriores son, para nosotros, fruto esencial para una futura elaboración de una teoría estética general que asiente su fundamento en la naturaleza ónticolingüística que sobre el silencio hemos evidenciado con las pocas líneas aquí trabajadas. El silencio, así, lo descubrimos como una expresividad de nuestro talante epistémico que nos permite entrar en relación con la palabra, pero, al mismo tiempo, nos posibilita el acceso a su dimensión ontológica de base: la palabra con sentido sólo surge en el silencio si se ha hecho el esfuerzo necesario para coger su aparición fenoménica pura. Es por ello que afirmamos, ya en el cuerpo de nuestro escrito, que el silencio es potencialmente palabra de sentido universal por ser un ente antinómico que se expresa organizadamente por medio del lenguaje derivado de nuestras intencionalidades intelectuales y emocionales. **¶**

BIBLIOGRAFÍA:

- BALDINI, Massimo. 1988. *Le dimensioni del silenzio*. 1ª edición. (Roma: Citta Nuova).
- BEUCHOT, Mauricio. 2006. *Lineamientos de hermenéutica analógica*. (México: CONARTE).
- BEUCHOT, Mauricio. 2008. *Perfiles esenciales de la hermenéutica*. 1ª edición. (México: FCE).
- BRETON, Philippe. & Le Breton, David. 2011 *El silencio y la palabra contra los excesos de la comunicación*. 1ª edición. (Buenos Aires: Nueva visión).
- CALLEJO, Manuel Javier. 2003. *El silencio: núcleo ético de la comunicación en Comunicar, Revista Científica de Comunicación y Educación*. Madrid.
- ETXEBERRIA, Xavier. 1995. *Teoría hermenéutica del texto*. En prensa.
- FERRATER Mora, José. 1999. *Diccionario de filosofía*, 1ª edición. (Barcelona: Ariel).
- HUSSERL, Edmund. 1962. *Ideas: relativas a una fenomenología pura y a una filosofía fenomenológica*. 2ª edición. (México: FCE).
- SÁNCHEZ-Migallón en Fernández Labastida, F. – Mercado, J. A. (editores), *Philosophica: Enciclopedia filosófica*: <http://www.philosophica.info/archivo/2007/voces/scheler/Scheler.-html>) acceso 20 de septiembre de 2018.
- SARAMAGO, José. 2007. *Ensayo sobre la ceguera*. Madrid, (España: Punto de lectura).

Recibido: Septiembre 2018. Aceptado: Noviembre 2018